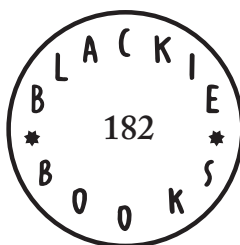


DANIEL LÓPEZ VALLE

H. EX.

(Historias extraordinarias)

Proezas olvidadas, pasiones humanas
y caprichos históricos que han
marcado a la humanidad



Diseño de colección: Setanta
www.setanta.es
© de la fotografía del autor: Triana Muñoz

© del texto: Daniel López Valle, 2022
© de la edición: Blackie Books S.L.U.
Calle Església, 4-10
08024 Barcelona
www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org

Maquetación: David Anglès
Impresión: Liberdúplex
Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-19172-17-4
Depósito legal: B 5201-2022

Todos los derechos están reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial
de este libro por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso
de los titulares del copyright.

¿Es un imperio
esa luz que se apaga
o una luciérnaga?

JORGE LUIS BORGES

Cuando estás dentro de una historia, cuando la vives,
no es una historia sino una confusión; un oscuro
rugido, una ceguera, un montón de vidrios rotos y
madera astillada; como una casa en medio de un
vendaval o un barco aplastado por los icebergs o
empujado hacia unos rápidos sin que los que van a
bordo puedan hacer nada por impedirlo. Solo después
se convierte en algo parecido a una narración. Cuando
lo estás contando, a ti misma o a otra persona.

MARGARET ATWOOD

Índice

De Ilici a Cracovia: a modo de introducción	13
Gente fuera de sitio	19
Alta, flaca y con una nariz demasiado grande	24
Farsa y complot	29
Balada de los Allahakbarries	37
Elegida por Dios	40
Puente de las Lágrimas	48
Cuando escuches el trueno la recordarás	60
Interludio #1	73
Extrañas parejas	77
Como a un perro	80
Charlie y la fábrica de James Bond	84
El corazón de ningún sitio	89
Vivir y morir en las alturas	93
Dos héroes románticos	99

Interludio #II	107
La chispa del mal	111
El pionero	115
Revolta contra la razón	124
Interludio #III	137
Venganza	141
Dos monedas romanas	145
Lengua de plata	155
Interludio #IV	165
Familias	169
Los tres nombres del pequeño gorrión	173
Viejo y eterno dolor	178
Oveja roja	185
Lanzar antorchas al Tíber	189
La vida exagerada del sobrino Willy	198
Causas naturales	201
Escenas privadas de la dominación del mundo	205
De Kiev a Florencia: a modo de despedida	211

De Ilici a Cracovia: a modo de introducción

En la ciudad donde nací, pero en el otro extremo de los siglos, sucedió una pequeña tragedia familiar romana. La conocemos por dos placas de piedra rojiza empotradas en una céntrica fachada con aire de pastel de boda. La placa más grande tiene un texto en latín y la pequeña, una traducción. El texto en latín dice: DM | ULP MARCIANAЕ | VIXIT AN XXX | L CASSIUS IUNIA | NUS MARITAE | KARISSIMAE. Y más o menos significa:

A los dioses manes
de Ulpia Marciana,
que vivió treinta años.
De Lucio Casio Juniano
para su esposa
queridísima

La temprana muerte de Ulpia Marciana y la pena de Lucio Casio Juniano en el Elche de hace dos mil años son un asunto sin importancia en el gran relato del mundo, pero desde que en la infancia vi por primera vez esta inscripción funeraria soy incapaz de pasar por su lado sin girarme y mirarla, aunque solo sea de reojo. En sí, aparte del hecho de que veinte siglos después esté junto al escaparate de una zapatería, en plena calle,

a la altura de las cabezas de la gente, no tiene nada de particular: empieza evocando a los espíritus familiares de la fallecida, nos dice cuándo murió y luego su marido le dedica una última memoria con una sobriedad que no podría ser más romana. Ya está. Parca y ritual. Sin embargo, he leído pocos textos que me emocionen tanto.

Obviamente, con ojos contemporáneos, aunque no sabemos nada más de Ulpia y Lucio podemos imaginar que muchísimos aspectos de su matrimonio y relación nos resultarían intolerables. Además de que en aquella época, dada la cantidad de cosas que podían matarte, tampoco era tan raro morir a los treinta. Pero hay que tener el corazón de mármol para leer esas líneas y no percibir cariño, tristeza y verdad. Y eso es lo que siempre me ha fascinado de esta inscripción: su profunda humanidad. Veinte siglos después y en un mundo que no podría ser más distinto no nos cuesta comprender y sentir el drama de aquella pareja romana que pisó la misma tierra que pisamos. Viviendo unas vidas que no tienen nada que ver con las suyas el estremecimiento resulta tan claro: es la muerte de un ser querido y no hay nada más que entender. Es así de sencillo ahora, entonces y siempre.

El narcisismo de los vivos y nuestra innata necesidad de encontrarle un sentido a todo hace que con frecuencia la historia se nos presente como una sucesión de Grandes Nombres y Grandes Acontecimientos necesarios e inevitables, una narración lineal que desemboca en nuestro hoy y en la que las cosas ocurren como ocurren porque no podrían haber ocurrido de otro modo. Pero lo cierto es que hemos llegado hasta aquí como podríamos haber llegado a cualquier otro sitio. Y que la historia del Imperio romano, por ejemplo, puede ser la historia de Julio César o la de Ulpia Marciana y los millones de Ulpias que lo habitaron. E incluso dentro de los Grandes Nombres la historia del mismo César puede ser una retahíla de fechas

y hechos o puede iluminar otros detalles. Porque, para entender su figura, ¿qué es más importante: saber que César llegó al consulado en tal o cual año o que, como nos cuenta Suetonio, se depilaba, era presumido en el vestir y que semejante fuerza de la naturaleza lo pasaba fatal cuando se reían de él por su alopecia? Alejandro Magno quemó Persépolis después de que le picasen sus amigos en una feroz borrachera y esa anécdota nos acerca más a él que cualquier explicación de las maniobras de una batalla, aunque solo sea porque, después de todo, quizá no terminaron con el incendio de la ciudad más fabulosa del mundo, pero quien más y quien menos ha tenido noches complicadas.

Montaigne, que tanto se sirvió de la historia antigua para sus reflexiones, escribió que lo que más le interesaba de las vidas de personajes célebres era «lo que derivaba del espíritu». Según él, en esas historias encontraba «la pintura del hombre», «la verdad y variedad de las condiciones internas de la personalidad humana». Ver el pasado con esta mirada tiene varias ventajas. Para empezar lo vuelve más comprensible, más fascinante, lo puebla de gente tan real como la que hoy respira este aire, gente valiente y cobarde, buena y miserable, generosa y mezquina y, a menudo y por supuesto, varias de estas cosas a la vez. Gente en la que, aunque habitara en otro mundo mental, reconocemos todo aquello que nos hace lo que somos: pasiones, vanidades, motivaciones, afanes de venganza, amores y amistades, la propia identidad y el lugar en el mundo, la lucha por pertenecer, la pulsión de ir siempre un poco más allá y romper el cielo y todo lo contrario. También la fuerza de un azar que muchas veces gobierna lo que acontece bastante más de lo que querríamos reconocer.

Por desgracia no se suele aprender en carne ajena y por tanto la historia es una maestra cuyas lecciones, de haberlas, no escucha nadie, pero aplicar esta mirada al pasado también tiene

otra ventaja: lo desacraliza y nos libra del insoportable peso de las historias sagradas. Además, lo vuelve mucho más entretenido. Y así, quienes se asomen a estas páginas verán que están pobladas de nombres grandes y pequeños, de momentos decisivos y marginales, de historias estelares, olvidadas, desgraciadas y absurdas, todas extraordinarias en algún sentido y todas muy humanas, pero también que su mayor aunque humilde pretensión es la de, por seguir con lo que Montaigne gustaba de encontrar en los libros, unir la enseñanza con el entretenimiento y hacerlo en una lectura que pueda ser fragmentaria y que no requiera «esfuerzo grande»: el pobre confesó, quinientos años antes de internet, que para lo contrario se sentía «incapaz». No vamos a ser menos.

Por último, un deseo. Quienes se asomen a estas páginas también encontrarán, como no podría ser de otro modo, mucho horror: «Hay dos cosas que siempre corren y retornan y se conservan frescas y eternas por el movimiento, como las aguas de los ríos: son la sangre y el oro», escribió Ferlosio. Y sin embargo, si sobre estas aguas ha de caminar algún espíritu, que sea el de Wisława Szymborska y su palabra clara, precisa y profundamente humana: «La realidad exige que también digamos esto: la vida sigue». En el poema que así empieza Szymborska, que como tantos millones de personas sufrió los dos totalitarismos de su siglo, se pregunta si hay algún campo que no sea un campo de batalla, pero se dice, nos dice, que en Cannas y en Borodino, en Verdún y en Pearl Harbor, en Kosovo y en Accio la vida sigue y hay cartas que vuelan, parejas que bailan, camiones que circulan y niños que comen helado: «Donde Hiroshima estuvo Hiroshima está de nuevo, produciendo cosas para el uso de cada día. No le faltan encantos a este mundo terrible, no le faltan mañanas por las que despertar». Y se pregunta: «¿Qué enseñanza moral sacamos de esto?». Y se contesta: «Quizá ninguna». Pero, concluye, «en trágicos pasos de montaña el viento

hace volar sombreros de cabezas inconscientes y no podemos evitarlo: nos reímos».

Nos vemos al final de este viaje a través de los siglos. Mientras tanto, riamos. Porque la vida sigue y la realidad exige que también lo digamos.

Alta, flaca y con una nariz demasiado grande

*De una adolescente que se enfrentó
a los nazis haciendo lo único que sabía hacer*

MUCHO PEOR DE LO QUE PUEDas IMAGINAR. Edda van Heemstra no era su verdadero nombre. El suyo sonaba muy inglés, quizá demasiado. Y en la Holanda ocupada por los nazis ese era un detalle que podía costarle la vida. La idea del cambio de nombre había sido de su madre, que se sentía culpable de haberla condenado a vivir una situación así y no quería correr ningún riesgo innecesario. Seis años antes, en 1939, todo era muy distinto. Ambas vivían en la campiña inglesa y Edda disfrutaba de una educación privilegiada. Entonces Alemania invadió Polonia, Reino Unido le declaró la guerra a Alemania y la madre de Edda decidió volver a Holanda, su país, confiando en que su tradicional neutralidad las haría sortear el conflicto. No acertó: en 1940 y sin declaración de guerra los nazis invadieron como un relámpago los Países Bajos. Cinco años después, refugiadas en un sótano, Edda y su madre estarán al borde de morir de hambre y frío.

Edda van Heemstra nació en Bruselas en 1929. Su padre, Joseph Ruston, era de origen británico y había sido cónsul en las Indias Orientales. Su madre, Ella van Heemstra, era la aris-

tócrata heredera de unos barones holandeses. Tal ascendencia hizo que la joven Edda se dedicara al ballet desde los cinco años y que hablara con fluidez inglés, francés, holandés, español e italiano. La familia viajaba de un país a otro, siguiendo los negocios de su padre, hasta que finalmente se establecieron en Inglaterra, donde Ruston se dedicó a militar en la Unión Británica de Fascistas y a fugarse con las niñeras. Harta de infidelidades, Ella se divorció de su marido y se estableció en el sur de Londres. Cuando estalló la guerra se mudó con su hija al entonces tranquilo y pintoresco pueblo holandés de Arnhem, donde los padres de Ella vivían en la casa familiar. Holanda, un país moderno, desarrollado y culto, pasó los primeros años de ocupación nazi con una aparente tranquilidad. A pesar de que las posesiones de su familia habían sido confiscadas, en la vida de Edda había partidos de fútbol, pícnicos en el campo y clases de ballet. Pero todo eso se torció a partir de 1942. Alemania, que estaba empezando a sufrir importantes derrotas, recrudesció su control sobre los territorios ocupados y Edda tuvo que presenciar cómo fusilaban a su tío por pertenecer a la Resistencia y cómo deportaban a su hermano Ian para morir como esclavo en una fábrica de Berlín: «Vimos a jóvenes puestos contra la pared y fusilados. Cerraban la calle para hacerlo y luego la abrían tranquilamente para que pudieses pasar otra vez... no descartes nada horrible que hayas oído o leído sobre los nazis. Era mucho peor de lo que puedas imaginar». Estas dos muertes la determinaron a contribuir a la lucha contra los alemanes de algún modo. Y Edda decidió combatir haciendo lo que mejor sabía hacer: bailar.

EL HUMO DE UN CIGARRILLO INGLÉS. Con trajes confeccionados por su madre y acompañada por un amigo que tocaba el piano, Edda bailó innumerables veces en obras clandestinas

cuyo fin era recaudar fondos para ayudar a la Resistencia. Estas actuaciones se celebraban en trastiendas y bodegas, con puertas atrancadas y ventanas selladas, donde el miedo se podía tocar y nadie se atrevía a moverse por temor a hacer ruido. Por supuesto, no había aplausos: «El mejor público que he tenido no hacía un solo sonido al final de mis funciones», bromeó Edda mucho después. Pero no solo bailó en escenarios furtivos sino que hizo de correo para los resistentes, entregando documentos y paquetes que escondía en ropas que le venían demasiado grandes. Rozó la desgracia varias veces. En una ocasión fue detenida y llevada a trabajar a una cocina como paso previo a ser prostituida en un burdel militar, pero consiguió escapar. En otra, engañó a unos soldados gracias a su apariencia: los alemanes tenían noticias de que un resistente estaba en el bosque esperando la llegada de un paracaidista aliado, pero cuando arribaron al lugar creyeron que su información era falsa porque, en lugar del feroz guerrillero que esperaban, lo que vieron fue a una joven de aspecto inocente que cogía flores. La vida de Edda, además, no solo estaba en peligro por sus actividades clandestinas: su holandés tenía un particular acento británico que la podía delatar y se veía obligada a hablar en monosílabos, a hacerse la sorda y a pasar por medio tonta para evitar que los alemanes la descubrieran. Por puro milagro se salvó de que la capturaran en muchas ocasiones, pero hacia 1944 su situación y la de todos los holandeses cambió. Y pasó de mala a desesperada.

Además del invierno más duro en años y del bloqueo de alimentos y suministros, llegó la guerra. Los Aliados habían desembarcado en Normandía y los alemanes lanzaron su contraataque. Arnhem estaba en medio y fue alfombrada por bombas. Edda y su madre se refugiaron en un sótano durante los combates y subían solo para ver qué partes de su casa quedaba aún en pie. La ofensiva aliada fracasó y los nazis consiguieron

alargar su agonía un año más. Los holandeses terminaron comiendo tulipanes. Hubo un momento en que se agotaron hasta los ataúdes.

Pero en la mañana del 29 de abril de 1945, Edda y su madre, al límite de sus fuerzas, deciden abandonar el escondite. Han olido el humo de un cigarrillo que viene del piso de arriba. Es inglés. Saben que están salvadas. Edda tiene anemia, graves problemas respiratorios y las piernas hinchadas por la hidropesía. Los soldados le dan comida y cae enferma al instante por beberse de golpe un bote de leche condensada. No le importa. El 4 de mayo, día de su decimosexto cumpleaños, el mariscal Montgomery acepta la rendición de las fuerzas alemanas que aún quedan en Holanda. Para ella la guerra ha terminado.

Tras la liberación, Edda volvió al ballet. Nunca, ni en las peores horas, había dejado de soñar con una vida dedicada al baile y la actuación. En el sótano, para aplacar la inquietud, dibujaba perros que juegan con sus amos, a niños extasiados ante árboles de Navidad, globos de colores y leones que danzan al sol. Los años de clandestinidad y refugio le dejarían secuelas físicas para siempre. La adolescente que había arriesgado su vida para luchar contra los nazis creía ser muy alta, muy flaca y tener una nariz demasiado grande, pero nada de eso le impidió triunfar: el 25 de marzo de 1954, menos de diez años después de haber olido el humo de aquel cigarrillo inglés, Edda van Heemstra, llamada Audrey Hepburn, recogía el Óscar a la mejor actriz por *Vacaciones en Roma*.

Nunca se acabó de acostumbrar. Encarnó como nadie lo que el mundo espera de una estrella de Hollywood, pero jamás se sintió del todo a gusto entre nubes de fotógrafos, alfombras rojas y fiestas llenas de celebridades. Imposible dejar atrás la memoria de la niña que había visto y sufrido tantas atrocidades. El dolor que siempre sintió fue tan grande que durante el resto de su vida ni siquiera se atrevió a pronunciar el nombre

de los familiares asesinados por los nazis. Llegó a una cima vedada para la inmensísima mayoría, pero el recuerdo del hambre y de la muerte la marcarían hasta el final: «He conocido el frío mordisco del terror humano. Lo he visto, lo he sentido, lo he olido, lo he oído». En medio de un torbellino de fama, premios y adoración de las masas siguió siendo aquella adolescente traumatizada por los bombardeos, los fusilamientos y la imagen de los trenes cargados de judíos directos al matadero. Más de dos décadas después del final de la guerra declaró: «Todas mis pesadillas tienen que ver con eso».